

Prólogo

Poderes que cuentan

El presente libro es el producto de la convocatoria que la Universidad del Magdalena abrió a principio de este año para funcionarios, docentes, contratistas, graduados y pensionados que escriben cuentos.

La convocatoria respondía a una exigencia real de la comunidad, como quedó demostrado al cierre de la misma. Un total de veintidós textos fueron recibidos, una cifra indicativa de las preocupaciones literarias al interior de la Universidad, los cuales fueron evaluados por dos jurados de la mayor idoneidad de la región, quienes escogieron diez piezas que, según sus criterios, son dignos de incorporarse al acervo narrativo de esta parte del país.

Los textos seleccionados son diversos en sus temas y tratamientos, un hecho que refleja la disparidad de visiones y poéticas que rige el desarrollo del género en el país y la región. El miedo, los desencuentros, la enajenación, la violencia, la desesperanzas son algunas de las temáticas recurrentes. En el tratamiento puede observarse la tendencia a huir del realismo en beneficio de las expresiones fantásticas y futuristas, confirmando con ello que hombres y mujeres, en cualquier espacio que les corres-

ponda vivir, siguen siendo seres amantes de la invención y el ingenio. “Acto mesmérico de Poe”, “Darkicosahedron”, “El errante”, “Reino animal” son cuentos de orientación futurista, mientras “Cartas amarillas” y “Crónica de una memoria colectiva” hacen fila en la orientación fantástica. El realismo está representado por “Una temporada demasiado tranquila”, aunque se trata, como resulta oportuno subrayar, de un realismo de rostro duro y sórdido, vertido en imágenes que lindan con las pesadillas propias de la novela negra.

Los seleccionados son profesores, empleados, directivos y egresados cuyas edades oscilan entre los veinte y los cincuenta años. Pero, más allá de estas señas, conviene destacar el control que los autores, independientemente de la experiencia en el trajín del género, tienen del estatuto del cuento y de algunos de sus desarrollos más recientes.

El número y la calidad de algunos de estos cuentos confirman al Caribe y al Magdalena como territorios literarios fecundos, parcelas en donde el cuento mantiene una vigencia privilegiada, muy a pesar de ser un género sin editores que apuesten por él.

Pensar en el cuento, en su vigencia y en la conveniencia de divulgarlo en formato de libro impreso constituye el gran acierto de esta convocatoria. El libro tiene, además, otro mérito: el de entregar al país nuevos nombres de un género que goza de una bien ganada mayoría de edad. Este volumen revalida, por otra parte, el compromiso con el cuento de tres de sus autores: son ellos el profesor Frak Torres –“Una temporada demasiado tranquila”-, el también poeta Javier Gámez –“Acto mesmérico de Poe”- y el joven psicólogo David Vega –“Crónica de una memoria

colectiva”-, cuyos trabajos ya han merecido reconocimientos en el país y el exterior.

Sirve este volumen el propósito de la universidad de fomentar y promover la vida intelectual y creativa de su comunidad. Es un reconocimiento explícito a los poderes de la imaginación y la inteligencia, tan valiosos en momentos en que el país busca una senda de concordia, integración y bienestar para sus gentes, tan atentas a los llamados de la historia.

Clinton Ramírez C.
Santa Marta, 2018

Acto mesmérico de Poe

Javier Enrique Gámez Rodríguez

Fundación, Magdalena, 1992. Segundo puesto en la III versión del concurso Cuenta tu historia de amor (Unimagdalena, 2013-II) y segundo puesto en la modalidad de cuento en ASCUN, 2014-I. Ha sido publicado en Erótica IV Concurso Internacional de Microrrelatos.

“Aunque la duda pueda envolver aún la exposición razonada del mesmerismo, sus sobrecogedores hechos están ahora casi universalmente admitidos”

Edgar A. Poe

Ya en el siglo XXI, como sociedad hemos conseguido avanzar en medicina, y dejado a un lado todos aquellos procedimientos esotéricos como *chamanismo* o *brujería* para sanar los males que aquejan al ser humano. Se ha visto como una buena parte de la población sigue creyendo en estas prácticas y las están poniendo a prueba. En particular, aquella desarrollada por el médico alemán Franz Anton Mesmer.

Uno de sus mayores seguidores, fue —o es—, el famoso escritor y poeta de Baltimore, Edgar Allan Poe (1813-1849), con quien he hablado recientemente. Lo que están a punto de evidenciar fue el resultado de una serie de investigaciones que he realizado con tres amigos míos, admiradores de su obra.

Mi esposa dice que bebo demasiado y que eso puede perjudicar mi trabajo, sobre todo porque si a uno de mis pacientes le llega mi olor a vino y cigarrillos, me pondría yo mismo los dos pies en la calle. Sin embargo, cuando los dos terminamos la primera botella, nos olvidamos de lo que podría suceder y ella comenzó a leerme algo de su poesía. Me gusta llegar de la clínica, sentir desde el porche de la casa el olor de la comida recién servida, abrir la puerta y verla con una botella de vino recién empezada, mirándome desde aquel sofá marrón (que conoce nuestros cuerpos casi tan bien como nosotros mismos) con una copa vacía en la mesa, que llena mientras me acomodo y agarro uno de sus poemas y lo voy leyendo. Ella es una excelente poeta y está comenzando a ser conocida en la ciudad. Una lástima que su editor no haya querido que escribiéramos un libro a dos manos. Empero, no me aflijo, pues tengo otros proyectos más ambiciosos en mente que publicar un libro.

El timbre del teléfono era un eco lejano que, dentro de mi sueño, lo sentía detrás de mi cabeza, pero no conseguía distinguir entre el sueño o la realidad. Mi esposa me pasó aquella máquina, dijo que era el escritor Matthew Collins

—Lo hemos encontrado... Lo tenemos en mi casa. Ven rápido —dijo a toda prisa y colgó.

—¡Al fin! Sírveme un vaso. Linda, ¡lo hemos hecho! Cuando lo conozcas y lea tu obra, ¡te va a adorar! Tanto

tiempo perfeccionando el mesmerismo... por fin... me creían loco...

Creo que no entendía nada de lo que le decía en ese momento; sin embargo, nos tomamos una copa y celebramos rápidamente por lo sucedido.

Cuando llegué, todos estaban igual de animados que yo. Había una botella destapada, así que fui por un vaso y dos bocadillos.

—Te demoraste un poco en venir, Wayne —dijo el señor Blackwood.

—Ya lo tenemos todo preparado —señaló el doctor Millenium.

Al ir al otro cuarto, vi sobre la mesa un cajón de dos metros de largo y quizás un metro de ancho por treinta centímetros de profundidad. Era oblongo, no en forma de ataúd. Estaba abierto y se notaba demasiado grande. Noté cómo lo habían rellenado de papel maché, así, quien estuviese adentro, no sufriría en caso de movimientos bruscos. Miré en la mesa de al lado y vi a Poe, se notaba desnudo debajo de todo ese vendaje que le colocaron. Supuse que su mesmerizador hizo bien su trabajo. Le despejamos el rostro y se veía como de cera recién pulida. Sus ojos cerrados y los labios abiertos, formando una sonrisa. El cuerpo entero se veía demasiado bien conservado y no presentaba los olores de la putrefacción. Todos me observaron, esperando que me colocara manos en acción.

—Señores, les recuerdo que esto no lo he practicado en muertos —dije.

—Eres el único que conocemos que es capaz de hacerlo —dijo uno de los demás.

—Has estudiado toda tu vida para esto —dijo Blackwood.

Me arremangué la camisa, me senté en la cabecera y coloqué mis manos sobre su cabeza. Todos observaban, tomando vino. El silencio era tan espeso que lo sentía pesado sobre mis hombros. Temblaba al ver al maestro. Ya no era solo verlo en letras, o las pocas fotos que existen de él. Admiraba a este genio, uno muy adelantado para su época —y quizás para esta también—.

—Anda, hazlo rápido —espetó Collins.

Cerré los ojos.

—Poe, sé que probablemente estás rondando los campos de la muerte. Sin embargo, aún sigues vivo. A la cuenta de tres, vas a despertar... uno... dos... tres... — todos con la boca abierta, congelados.

Nada pasó. Ni un movimiento, ni una palabra. Seguía igual, con la sonrisa, mofándose de nosotros. Quizás no lograron un buen procedimiento cuando lo mesmerizaron, método que había aprendido después de charlar con una momia.

Todos me miraron, preocupados, temiendo lo mismo que yo. No quería aceptar que estas décadas buscándolo, fuesen en vano.

—Sigue intentando —dijo Millenium.

Ansioso, pero más bien con miedo porque la técnica no funcionase, aterricé mis pulgares sobre sus ojos.

—Edgar Allan Poe, en el momento en que levante los brazos, podrás salir de tu sueño mesmérico.

Abrieron los ojos. Me miraban desesperados. Suspiré hondo. De nuevo el silencio. El sonido lejano de un cuervo. Sus extremidades sobre mi cabeza. Los gritos. El maullar negro de un gato. Las manos no eran las mías. Me lanzó hacia atrás. Me caí sobre el suelo. Estaba aturdido. Abrí los ojos y lo vi sentado. Me ayudaron a recomponerme.

Su cabello desordenado, la mirada desorbitada. Se miró los vendajes, las manos. Se palpó el rostro. Pidió un espejo y se observó durante un tiempo. Nadie decía nada. Estábamos absortos, maravillados, asombrados.

—¿Qué fecha es? —dijo al fin Poe.

—31 de octubre. Siglo XXI —dije.

—Vaya sueño. Doscientos años y se sintió como una siesta. Caballeros, ¿podrían traerme algo de ropa y también de comer? Me he levantado con demasiada hambre.

Le dieron un traje y le ayudamos a colocárselo. Nos sentamos en la mesa. Le servimos un filete grande, con papas fritas, ensalada y una botella de vino de Georgia para él solo.

—Por favor, preparen más comida para mí.

—Vaya cómo come este señor.

El doctor Millenium fue a la cocina y dispuso el doble de comida para nuestro escritor.

—¿Por qué decidieron despertarme en esta época? ¿Qué cosa tan terrible ha sucedido?

—Bueno, lo que sucede es que alguien ha comenzado a darle vida a todos los personajes de los libros de terror —contestó Collins—. Primero comenzaron con Drácula, luego revivieron al monstruo de Frankenstein. Para que te hagas una idea, los rumores dicen que ahora su próximo objetivo es darle vida a las criaturas que habitan dentro de los libros de Lovecraft.

La mirada de Poe cambió dramáticamente. Ya no era porque no creía haber vuelto a la vida, sino por todo lo que estaba sucediendo.

—¿Por qué decidieron levantarme a mí? ¿Por qué no levantaron a Kafka que está más familiarizado con los monstruos? Hay tantos autores cuyas obras son tan malas

que, si las traen al mundo real, terminarían por destruirlo —dijo Poe, casi riendo.

—¿Quién mejor que tú para combatir monstruos? Además, se nos ocurrió que, con lo mucho que te atraía el mesmerismo y lo inteligentísimo que eres, te hubieses aplicado esa misma técnica, y dejado pistas en todos tus escritos para dar donde te habían enterrado. No creo que ningún otro escritor haya logrado eso —dije.

—¿Cómo llegaron a esa conclusión? ¿Acaso no vieron mi cadáver? —replicó Poe, algo irritado.

—La verdad, quien propuso la teoría de que no estuvieses muerto, fui yo —dije, complaciéndome por lo acertada que fue mi deducción—. Si bien eres un alcohólico de profesión, no eres tan tonto como para morir por *Delirium tremens*. Supuse que después de todo lo que habías pasado, estabas llevando a cabo un plan para que... digamos, te mesmerizaran. Venías redactando cuentos, publicaciones anónimas en varios periódicos y cartas que hacías públicas. Donde dejabas pequeñas pistas. Citaré textualmente la publicación del periódico *El Periquillo*: “Viendo su poca suerte, la muerte de su esposa y la estupidez de su generación, decidió fingir su propia muerte.” También, en el final de *Breve charla con una momia*: “Además, siento una gran impaciencia por saber quién será presidente en el año 2045. Por eso, en cuanto me haya afeitado, y sorbido una taza de café, voy a subir a casa de Ponnonner y a hacerme embalsamar por un par de siglos”.

—Vaya

—Si bien nadie de tu época iba a relacionar esos artículos contigo, estabas completamente seguro de que, en el futuro, alguien se iba a interesar tanto en tu obra y a atrparse de igual manera con el mesmerismo, que investigaría

más a fondo y seguiría tus huellas. Para ti, fingir tu muerte fue algo sencillo. Al ser un escritor tan famoso y ocupado, planeaste un viaje a Nueva York el 4 de octubre de 1849. Hacías creer a todos que estabas enfermo, que sufrías de escalofríos y debilidad. Cuando llegaste a Baltimore, el 6 de octubre, hiciste que llevaran tu equipaje junto con tus papeles, al embarcadero. Entre esos dos días nadie supo en qué hotel te quedaste. Sin embargo, mandaste un artículo a la revista *La Caja*, donde relatabas cómo se reunieron cuatro personas en el hotel... y planeaban matar a un escritor y enterrar su cadáver en esa misma ciudad. Pero no escribiste el lugar exacto.

Poe escuchaba con atención.

—Llegado el 6 de octubre, entraste a un bar donde reuniste de nuevo con tus amigos. Ellos, bien diligentes, ya habían encontrado un borracho agonizando por *Delirium tremens*. Para tu suerte, contaba con cierto parecido a ti. Le colocaron tu ropa, le hicieron el mismo peinado. Lo dejaron en una vía pública. Al día siguiente, quienes lo encontraron en la calle, lo llevaron a un hospital. No tenía papeles, ni nada que lo identificara. Pero como no abordaste el barco, fue fácil darte a la búsqueda y cuando tus conocidos llegaron al hospital, ya el falso Poe, estaba muerto. Nadie quiso hacerte prueba alguna. Te notaron un poco diferente, pero pensaron que el alcohol... la muerte... habían hecho estragos contigo.

Escuchaba mi exposición sin sacar los ojos de la comida.

—Al día siguiente, tú y tus amigos bebían mientras leían en los periódicos cómo lamentaban tu muerte. Todo se dio como esperabas. Te reías de tu ingenio y la estupidez de los demás. Tus amigos eran leales, así que no debías temer porque alguno de ellos te delatara y revelara la ubi-